

IES _____	Alumno/a _____ 1ºESO GeH – La crisis del Imperio Romano	
-----------	--	--

Ya me había acostumbrado a vivir alquilada en casa de mi tutor Filón. Me levantaba al amanecer y me lavaba bajo la luz gris que se deslizaba entre las persianas cerradas, inclinada sobre un gran recipiente, dejando caer el agua templada sobre mi cuerpo mientras desde la calle. Obviamente no podía dejar abierta la puerta o la ventana en ese momento porque no quería que mis vecinos o la familia de mi maestro supiesen que en realidad era una chica ...; y encima una chica que quería estudiar medicina!

Desde la calle llegaba el ruido de los carros, de las caravanas de camellos que llevaban mercancías al mercado y de las mujeres hablando a gritos mientras recogían la ración diaria de agua de las fuentes públicas. En nuestra casa, la esclava Apolonia generalmente estaba ya en la cocina cuando yo bajaba. Nos saludábamos y yo cogía un panecillo de comino de la cocina y me lo comía en mi camino al templo donde estudiaba medicina con mis compañeros, todos varones, por supuesto .

Cuando salía por la puerta de la casa de Filón, era todavía la hora gris que anuncia el alba, pero las calles ya estaban llenas de gente. Hombres y mujeres de aspecto respetable marchaban apresurados a su trabajo, los escolares se apresuraban por la calle gritando o bien caminaban con aire formal al lado de un esclavo de la familia, escoltados como caballeros en miniatura para recibir su lección diaria. En la Vía de los Toldos los comercios abrían sus puertas.

Pasaba la parte inicial de la mañana en el templo donde estaba la universidad de Alejandría, asistiendo a clases y participando en debates con otros estudiantes. De medicina había alrededor de cien, que provenían de todo el Imperio Romano de Oriente, aunque yo suponía que en su mayor parte eran alejandrinos. Durante las primeras dos semanas no quise participar en las discusiones, Tanto estudiantes como profesores me miraban con desdén. Me creían un eunuco, un jovencito castrado y vanidoso que venía de Asia a Alejandría para estudiar medicina, y todos creían que no tardaría en renunciar al estudio para volver a mi país, especialmente porque se atribuía a mi tutor Filón el hábito de «trabajar como un esclavo», atendiendo a enfermos todo el día, sobre todo a los más pobres, por lo que apenas ganábamos dinero. Pero era mejor que me despreciasen creyéndome un eunuco antes de que supiesen que el alumno Caritón era realmente una chica llamada Caris .

Avanzada ya la mañana acababan las clases y yo regresaba al centro de la ciudad para encontrarme con Filón. Generalmente lo hacíamos en la plaza Soma, junto a la estatua de un delfín. Nos dirigíamos una sonrisa amistosa y un saludo, y partíamos a ver a los pacientes, llevando yo su bolsa de médico y hablando de medicina por el camino. A veces los pacientes nos daban de comer; otras, comprábamos pan y vino o fruta a algún vendedor ambulante. Filón trabajaba toda la tarde, aun en las horas más calurosas en que la gente suele dormir. Según él, es entonces cuando los enfermos se sienten peor y necesitaban más ayuda.

Por otra parte, le agradaba pasar las horas finales de la tarde en casa con su familia, y siempre volvíamos antes de que se pusiera el sol. Comíamos algo ligero en la sala principal de la casa y hablábamos de medicina, de los pacientes o de los chismes de la vecindad. Después de la comida, Filón y su familia se sentaban a decir sus oraciones judías. Yo me retiraba a mi cuarto y leía textos de medicina o preparaba los medicamentos que Filón usaría al día siguiente.

Al principio esta vida me pareció agotadora. Durante varias semanas fui incapaz de hacer otra cosa que no fuera llegar a mi cuarto, echar el cerrojo, quitarme las vendas que me ocultaban los pechos y caer rendida en la cama. Seguramente el director Adamancio y los burlones de la clase tenían razón. Ser médico era un trabajo duro , pero yo no lo consideraba un trabajo. Pasar el día entero, de la mañana a la noche, sin practicar otra cosa que el arte de curar no era trabajo, sino la perfección y una suerte .

A medida que me habituaba a mi nueva vida, la sensación de fatiga fue disipándose y comprendí qué vacía había sido mi vida antigua de muchachita de familia bien. Nunca había caminado sola por la calle, ni gastado mi propio dinero, o elegido los libros que me gustasen, mis ropas o lo que comería. Antes, todo estaba previamente establecido. Aquel sabor de la libertad me deleitaba, aunque para probarlo tuviese que disfrazarme como un chico .

### **Bradshaw, Catherine: El faro de Alejandría**

<b>Bases para esta actividad</b>
Analiza el tipo de texto (político, económico, social o cultural), realiza un resumen, relaciona el texto con lo aprendido en clase y ofrece tu opinión personal